

La construcción de “lo migrante” como elemento de la identidad salvadoreña: cultura oficial y cultura popular

*Roxana Efigenia Martel**
*Amparo Marroquín Parducci**

Resumen

El presente artículo es un acercamiento a dos discursos que los medios han puesto en circulación. La reflexión parte de un tema ya bastante discutido: los medios son la actual plaza pública (no la llamaremos ya “nueva”), que posibilita y pone en discusión varias significaciones de lo migrante como elemento inscrito en la identidad salvadoreña. En este caso, los que serán motivo de análisis son dos discursos concretos, que han circulado este año en los medios. Uno de ellos está tomado de la cultura oficial, específicamente, del discurso que el “Gobierno del Presidente Francisco Flores” ha puesto en circulación, sobre todo en su afán de que la población apruebe el tratado de libre comercio. El segundo discurso proviene de la cultura popular y está tomado de la tradición mexicano-latinoamericana del corrido. Por el momento, compartimos no certezas, sino estas preguntas que, itinerantes, persiguen la ruta de los emigrantes, en su largo camino por la construcción de una identidad, que los nombre y los convoque.

Introducción

“Los de arriba” tienen la satisfacción de andar por la vida a voluntad, de elegir sus destinos de acuerdo con los placeres que ofrecen. En cam-

bio, a “los de abajo” les sucede que los echan una y otra vez del lugar que quisieran ocupar... Si no se mueven, a veces les quitan el piso de bajo los pies, lo cual es otra forma de estar en movimiento. Si se lanzan a la ruta, en la mayoría

* Catedráticas del Departamento de Letras de la UCA.

de los casos su destino es elegido por otros; rara vez es agradable, y el placer no es uno de los criterios de elección... Todos pueden ser viajeros, de hecho o por premonición, pero existe un abismo difícil de franquear entre las vivencias respectivas en lo alto y lo bajo de la escala de la libertad.

Zygmunt Bauman

Es imposible pensar nuestros países centroamericanos y, en particular, pensar la identidad y la historia de El Salvador sin que el tema de la migración aparezca como una característica fundamental de nuestro tiempo. No es que los procesos migratorios sean novedosos, en un país que constituye su identidad no solo de movilizaciones internas, sino también de la llegada de emigrantes de otras tierras que, con sus apellidos de orígenes europeos, nos recuerdan que no es posible entender nuestra conformación cultural sin tener presente cómo, muchas familias ahora salvadoreñas, provienen de otras migraciones. Sin embargo, la realidad de la migración ha cambiado en estos años recientes.

El acelerado crecimiento de la capital, San Salvador, y las crisis sucesivas —en la agricultura, en cuanto a la violencia, en la economía, en los desastres de distinta índole— han posibilitado y aumentado la movilización constante que el país experimenta, tanto del campo a la ciudad, como del país hacia otros países. La urbanización de lo rural, que el analista y sociólogo Luis González ha denominado como *descampesinización* (comunicación personal, 11 de febrero de 2003) se ve reflejada en la movilización hacia la capital. Este movimiento de la población comenzó con el modelo industrial desarrollista, en los años sesenta, y aumentó en los años ochenta, en parte debido a la guerra. En términos culturales, este proceso se refleja en la adquisición no solo de tecnologías, sino de una serie de formas simbólicas de hacer identidad —antes propias de la ciudad—, que adoptan los habitantes rurales.

La migración hacia otros países aumenta de manera evidente durante el conflicto armado de los años de 1980. Ya para la década de 1990, las cifras oficiales contabilizan 2 325 000 personas fuera del país, de las cuales el 75.3 por ciento se dirigió a Estados Unidos, y el 20.4 por ciento se estableció en Guatemala y México (*Enciclopedia de El Salvador, Tomo I, p. 92*). En la actualidad, es aceptado por los estudiosos del tema que el 25 por ciento

de la población salvadoreña se encuentra en el extranjero, aunque no contemos con un censo que confirme dicha aproximación (*ECA, 2002, p. 857*).

A medida que la migración aumenta, los discursos que circulan en la sociedad salvadoreña retoman el tema como elemento que configura la identidad del salvadoreño. En este sentido, algunos rasgos fundamentales que habían caracterizado la noción de identidad se movilizan. Si bien se mantiene este sentido de la identidad como anclaje y defensa de lo propio frente a “el otro” (García Sierra, 1999, pp. 452-453); lo *propio* ya no depende directamente de un espacio particular y delimitado, trasciende el tiempo-espacio para construirse frente a unas alteridades que son “dueñas” del nuevo territorio al que el emigrante llega. Asimismo, la globalización ejerce una influencia nueva al momento de trazar la frontera entre lo que la cultura popular establece como identidad y lo que dentro de la cultura oficial concibe. Desde la edad media, hemos asistido a un largo diálogo entre lo popular y lo culto (Martín Barbero, 1998; Ginzburg, 1997); sin embargo, nuestro tiempo introduce nuevos puntos de confluencia.

El presente texto es un acercamiento a dos discursos que los medios han puesto en circulación. La reflexión parte de un tema ya bastante discutido: los medios son la actual plaza pública (no la llamaremos ya “nueva”), que posibilita y pone en discusión varias significaciones de lo migrante como elemento inscrito en la identidad salvadoreña. En este caso, los que serán motivo de análisis son dos discursos concretos, que han circulado este año en los medios. Uno de ellos está tomado de la cultura oficial, específicamente, del discurso que el “Gobierno del Presidente Francisco Flores” ha puesto en circulación, sobre todo en su afán de que la población apruebe el tratado de libre comercio. El segundo discurso proviene de la cultura popular y está tomado de la tradición mexicano-latinoamericana del corrido.

Esta reflexión forma parte de una investigación mucho más larga y con matices y complejidades, que apenas se inicia y conlleva una larga fase de trabajo de campo. Por el momento, compartimos no certezas, sino estas preguntas que, itinerantes, persiguen la ruta de los emigrantes, en su largo camino por la construcción de una identidad, que los nombre y los convoque.

1. Del lado de acá: entre Ares y centauros

De nostalgias y amores. De cercanías y distancias. De anhelos y descuidos. De reconocimientos y desentendidos. De viejos reclamos y negociaciones nuevas. Así se ha tejido la relación entre los emigrantes salvadoreños y la cultura oficial.

El fenómeno de la migración, en el país —sobre todo al exterior—, no es nuevo. Tampoco es nueva la inquietud de reflexionar sobre él. El gobierno salvadoreño ha mostrado, en distintas formas y momentos, un interés particular por este tema. Sobre todo porque los emigrantes se han convertido en una de las principales fuentes de ingresos para la economía nacional. Según datos del Banco Central de Reserva, las remesas han crecido, pasando de 322 millones dólares, en 1990, a 1 750 millones, en el año 2000 (S. Kandel, 2002). La constitución de éstas como una fuente de ingresos para el sostenimiento de la economía nacional ha hecho del aporte de los salvadoreños en el exterior un tema prioritario para la política económica del gobierno¹.

Después de los acuerdos de paz, una vez desplazado el tema de la violencia política a otro de corte social, la diáspora de salvadoreños en el exterior (sobre todo en Estados Unidos) ha sido objeto de intervenciones gubernamentales. En los gobiernos de Cristiani (1989-1994) y Calderón Sol (1994-1999), estos esfuerzos fueron, más bien, muy poco sistemáticos y sin ninguna política migratoria coherente. En el ámbito de lo simbólico, la relación con los salvadoreños, en el exterior, se hizo oficialmente visible con la construcción del monumento dedicado al “Hermano lejano” (1999), término que, utilizado desde las propuestas gubernamentales, define a los emigrantes. El monumento busca mostrar el interés y la “gratitud” por el aporte de ese salvadoreño que está fuera, pero que no se olvida de su país. También intenta dejar constancia de cómo “los de acá” desplazan al “lejano” de su recuerdo. Extraña relación esa, de nostalgia y dolor, que ha querido construirse desde el discurso oficial.

Si bien es cierto que para los dos gobiernos anteriores de ARENA, el tema del emigrante y la construcción de esta otra condición de “ser salvadoreño” estaban presentes, en ningún momento se

pretendió consolidar una política sistemática. De alguna manera, el gobierno de Flores rompe con estas discontinuidades. La relación con los salvadoreños en el exterior tiene, desde 1999, un tratamiento especial, del cual nos interesa la construcción de la identidad de la población de salvadoreños en Estados Unidos, generada en los discursos del presidente.

“Lo migrante” toma dos acepciones, en el discurso oficial. Por una parte, tiene un lugar prioritario para los planes de desarrollo nacional; pero por otra, los salvadoreños que han cometido delitos en Estados Unidos se convierten en una amenaza, la cual debe ser detenida, una vez que éstos son deportados del país del norte. Sobre estas dos acepciones centraremos nuestras reflexiones siguientes.

1.1. La política migratoria de Flores y planes de desarrollo nacional

La política migratoria actual está orientada al ámbito internacional y se centra en las relaciones establecidas con Estados Unidos. El énfasis está puesto en los aspectos económicos, “su eje central es garantizar el continuo flujo de emigrantes y las remesas que éstos envían” (Lungo, 2002). En la política migratoria gubernamental podemos identificar, siguiendo al investigador Mario Lungo, cinco elementos básicos: negociación para obtener el estatus legal de residencia y evitar deportaciones, acercamiento a las diferentes organizaciones de salvadoreños residentes en el exterior, garantías para los derechos de los emigrantes, en países de tránsito, como México, acercamiento a las asociaciones de residentes en el exterior con comunidades locales para canalizar obras de inversión social y una estrategia agresiva de propaganda, que enfatiza las bondades de los hermanos lejanos.

Los discursos que el presidente Francisco Flores² ha pronunciado, a lo largo de este año, en relación con el tema, son nuestro *corpus* de análisis. En él se identifican los elementos que definen el relato oficial en relación con la identidad del salvadoreño que emigra. En este discurso sobresale un elemento: la construcción de una imagen ideal del emigrante salvadoreño, en Estados Unidos. Este

1. Una aproximación interesante al tema se encuentra en el documento *Conectándonos al futuro de El Salvador, Estrategia para la creación de una sociedad de aprendizaje* (1999), el proyecto de la organización Infocentros.
2. Se ha tenido acceso a los discursos del Presidente Flores por la página web de Casa Presidencial. Disponible en: <http://www.casapres.gov.sv>

de los casos su destino es elegido por otros; rara vez es agradable, y el placer no es uno de los criterios de elección... Todos pueden ser viajeros, de hecho o por premonición, pero existe un abismo difícil de franquear entre las vivencias respectivas en lo alto y lo bajo de la escala de la libertad.

Zygmunt Bauman

Es imposible pensar nuestros países centroamericanos y, en particular, pensar la identidad y la historia de El Salvador sin que el tema de la migración aparezca como una característica fundamental de nuestro tiempo. No es que los procesos migratorios sean novedosos, en un país que constituye su identidad no solo de movilizaciones internas, sino también de la llegada de emigrantes de otras tierras que, con sus apellidos de orígenes europeos, nos recuerdan que no es posible entender nuestra conformación cultural sin tener presente cómo, muchas familias ahora salvadoreñas, provienen de otras migraciones. Sin embargo, la realidad de la migración ha cambiado en estos años recientes.

El acelerado crecimiento de la capital, San Salvador, y las crisis sucesivas — en la agricultura, en cuanto a la violencia, en la economía, en los desastres de distinta índole — han posibilitado y aumentado la movilización constante que el país experimenta, tanto del campo a la ciudad, como del país hacia otros países. La urbanización de lo rural, que el analista y sociólogo Luis González ha denominado como *descampesinización* (comunicación personal, 11 de febrero de 2003) se ve reflejada en la movilización hacia la capital. Este movimiento de la población comenzó con el modelo industrial desarrollista, en los años sesenta, y aumentó en los años ochenta, en parte debido a la guerra. En términos culturales, este proceso se refleja en la adquisición no solo de tecnologías, sino de una serie de formas simbólicas de hacer identidad — antes propias de la ciudad —, que adoptan los habitantes rurales.

La migración hacia otros países aumenta de manera evidente durante el conflicto armado de los años de 1980. Ya para la década de 1990, las cifras oficiales contabilizan 2 325 000 personas fuera del país, de las cuales el 75.3 por ciento se dirigió a Estados Unidos, y el 20.4 por ciento se estableció en Guatemala y México (*Enciclopedia de El Salvador*, Tomo I, p. 92). En la actualidad, es aceptado por los estudiosos del tema que el 25 por ciento

de la población salvadoreña se encuentra en el extranjero, aunque no contemos con un censo que confirme dicha aproximación (ECA, 2002, p. 857).

A medida que la migración aumenta, los discursos que circulan en la sociedad salvadoreña retoman el tema como elemento que configura la identidad del salvadoreño. En este sentido, algunos rasgos fundamentales que habían caracterizado la noción de identidad se movilizan. Si bien se mantiene este sentido de la identidad como anclaje y defensa de lo propio frente a “el otro” (García Sierra, 1999, pp. 452-453); lo *propio* ya no depende directamente de un espacio particular y delimitado, trasciende el tiempo-espacio para construirse frente a unas alteridades que son “dueñas” del nuevo territorio al que el emigrante llega. Asimismo, la globalización ejerce una influencia nueva al momento de trazar la frontera entre lo que la cultura popular establece como identidad y lo que dentro de la cultura oficial concibe. Desde la edad media, hemos asistido a un largo diálogo entre lo popular y lo culto (Martín Barbero, 1998; Ginzburg, 1997); sin embargo, nuestro tiempo introduce nuevos puntos de confluencia.

El presente texto es un acercamiento a dos discursos que los medios han puesto en circulación. La reflexión parte de un tema ya bastante discutido: los medios son la actual plaza pública (no la llamaremos ya “nueva”), que posibilita y pone en discusión varias significaciones de lo migrante como elemento inscrito en la identidad salvadoreña. En este caso, los que serán motivo de análisis son dos discursos concretos, que han circulado este año en los medios. Uno de ellos está tomado de la cultura oficial, específicamente, del discurso que el “Gobierno del Presidente Francisco Flores” ha puesto en circulación, sobre todo en su afán de que la población apruebe el tratado de libre comercio. El segundo discurso proviene de la cultura popular y está tomado de la tradición mexicano-latinoamericana del corrido.

Esta reflexión forma parte de una investigación mucho más larga y con matices y complejidades, que apenas se inicia y conlleva una larga fase de trabajo de campo. Por el momento, compartimos no certezas, sino estas preguntas que, itinerantes, persiguen la ruta de los emigrantes, en su largo camino por la construcción de una identidad, que los nombre y los convoque.

1. Del lado de acá: entre Ares y centauros

De nostalgias y amores. De cercanías y distancias. De anhelos y descuidos. De reconocimientos y desentendidos. De viejos reclamos y negociaciones nuevas. Así se ha tejido la relación entre los emigrantes salvadoreños y la cultura oficial.

El fenómeno de la migración, en el país —sobre todo al exterior—, no es nuevo. Tampoco es nueva la inquietud de reflexionar sobre él. El gobierno salvadoreño ha mostrado, en distintas formas y momentos, un interés particular por este tema. Sobre todo porque los emigrantes se han convertido en una de las principales fuentes de ingresos para la economía nacional. Según datos del Banco Central de Reserva, las remesas han crecido, pasando de 322 millones dólares, en 1990, a 1 750 millones, en el año 2000 (S. Kandel, 2002). La constitución de éstas como una fuente de ingresos para el sostenimiento de la economía nacional ha hecho del aporte de los salvadoreños en el exterior un tema prioritario para la política económica del gobierno¹.

Después de los acuerdos de paz, una vez desplazado el tema de la violencia política a otro de corte social, la diáspora de salvadoreños en el exterior (sobre todo en Estados Unidos) ha sido objeto de intervenciones gubernamentales. En los gobiernos de Cristiani (1989-1994) y Calderón Sol (1994-1999), estos esfuerzos fueron, más bien, muy poco sistemáticos y sin ninguna política migratoria coherente. En el ámbito de lo simbólico, la relación con los salvadoreños, en el exterior, se hizo oficialmente visible con la construcción del monumento dedicado al “Hermano lejano” (1999), término que, utilizado desde las propuestas gubernamentales, define a los emigrantes. El monumento busca mostrar el interés y la “gratitud” por el aporte de ese salvadoreño que está fuera, pero que no se olvida de su país. También intenta dejar constancia de cómo “los de acá” desplazan al “lejano” de su recuerdo. Extraña relación esa, de nostalgia y dolor, que ha querido construirse desde el discurso oficial.

Si bien es cierto que para los dos gobiernos anteriores de ARENA, el tema del emigrante y la construcción de esta otra condición de “ser salvadoreño” estaban presentes, en ningún momento se

pretendió consolidar una política sistemática. De alguna manera, el gobierno de Flores rompe con estas discontinuidades. La relación con los salvadoreños en el exterior tiene, desde 1999, un tratamiento especial, del cual nos interesa la construcción de la identidad de la población de salvadoreños en Estados Unidos, generada en los discursos del presidente.

“Lo migrante” toma dos acepciones, en el discurso oficial. Por una parte, tiene un lugar prioritario para los planes de desarrollo nacional; pero por otra, los salvadoreños que han cometido delitos en Estados Unidos se convierten en una amenaza, la cual debe ser detenida, una vez que éstos son deportados del país del norte. Sobre estas dos acepciones centraremos nuestras reflexiones siguientes.

1.1. La política migratoria de Flores y planes de desarrollo nacional

La política migratoria actual está orientada al ámbito internacional y se centra en las relaciones establecidas con Estados Unidos. El énfasis está puesto en los aspectos económicos, “su eje central es garantizar el continuo flujo de emigrantes y las remesas que éstos envían” (Lungo, 2002). En la política migratoria gubernamental podemos identificar, siguiendo al investigador Mario Lungo, cinco elementos básicos: negociación para obtener el estatus legal de residencia y evitar deportaciones, acercamiento a las diferentes organizaciones de salvadoreños residentes en el exterior, garantías para los derechos de los emigrantes, en países de tránsito, como México, acercamiento a las asociaciones de residentes en el exterior con comunidades locales para canalizar obras de inversión social y una estrategia agresiva de propaganda, que enfatiza las bondades de los hermanos lejanos.

Los discursos que el presidente Francisco Flores² ha pronunciado, a lo largo de este año, en relación con el tema, son nuestro *corpus* de análisis. En él se identifican los elementos que definen el relato oficial en relación con la identidad del salvadoreño que emigra. En este discurso sobresale un elemento: la construcción de una imagen ideal del emigrante salvadoreño, en Estados Unidos. Este

1. Una aproximación interesante al tema se encuentra en el documento *Conectándonos al futuro de El Salvador, Estrategia para la creación de una sociedad de aprendizaje* (1999), el proyecto de la organización Infocentros.
2. Se ha tenido acceso a los discursos del Presidente Flores por la página web de Casa Presidencial. Disponible en: <http://www.casapres.gob.sv>

elemento aparece al lado de otro tema aparentemente secundario, pero que es reforzado por el anterior: la vinculación con el proyecto económico —actual, la negociación del tratado de libre comercio.

1.2. Ares: la presencia del emigrante ideal

Para ilustrar la construcción de la imagen ideal del emigrante salvadoreño en Estados Unidos, nos apoyaremos en una figura de la mitología griega: Ares, dios de la guerra³. Lo mitológico es un componente, si se quiere, imaginario, pero sabemos bien, con Edgar Morin, que “lo imaginario no es una simple estructura, menos aún una ilusión, sino una realidad humana profunda” (2001, p. 17), y es desde esta profundidad que la identidad del emigrante salvadoreño se entreteje.

De alguna manera, la imagen del emigrante, del hermano lejano, está constituida desde mitos, que justifican y regulan lo social (Rodríguez, 1980, p. 7). Ares, dios griego, es la imagen creada por el gobierno, cuando evoca a ese salvadoreño que emigra y se vuelve una pieza clave del devenir económico del país. Ares es el dios guerrero por excelencia. Protagonizó diversas hazañas por el mundo de los mortales, como en la guerra de Troya. Era representado como un hombre joven y fuerte, montado en un gran carro con fogosos corceles y armado con una lanza y un escudo en sus manos.

Esta imagen del salvadoreño guerrero, tenaz, aparece una y otra vez en el discurso oficial. El emigrante es la “gran oportunidad” que tiene El Salvador para superar el déficit de la economía nacional. Este discurso ha cobrado notoriedad con la campaña impulsada en la negociación del tratado de libre comercio con Estados Unidos. En el mensaje presidencial semanal del 4 de mayo, Francisco Flores enfatizó la importancia histórica del salvadoreño en Estados Unidos y del tratado de libre comercio. Este discurso estaba dedicado al lanzamiento del año agrícola, momento que aprovechó para presentar al tratado y al emigrante como las grandes oportunidades del país:

Estamos a punto de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos.

El tratado de libre comercio no va a tener sus grandes efectos en las grandes empresas, va a tener sus grandes efectos, en el área rural de El Salvador, ¿por qué razón? Porque nosotros, como salvadoreños, tenemos una característica que no tiene ningún otro país, y es que *la mitad de nuestro país, está en los Estados Unidos*.

Hay, entonces, una oportunidad, de devolverle valor al agro salvadoreño, y de que de lo que ustedes producen, tenga valor, si logramos firmar ese tratado de libre comercio.

He venido a inaugurar el “Año agrícola”. He venido a dar el banderillazo de salida, para que salgamos hacer, lo que los salvadoreños sabemos hacer, que es trabajar duro y sacar adelante a nuestras familias. Pero principalmente he venido acá, para comprometerme con ustedes, para comprometerme de que podamos vender nuestros productos afuera, así como los otros venden acá (Francisco Flores, 4 de mayo de 2003. El subrayado es nuestro.).

Junto con Benveniste (1995), nos interesa resaltar, en primer lugar, un agente —el “nosotros”— tácito. Este “nosotros” puede ser el gobierno o el pueblo o el país. Es un “nosotros” que habla de las condiciones en las que el país está: hay un problema, en el agro salvadoreño, y el tratado de libre comercio es *la* solución. Esa es la razón por la cual “estamos a punto de firmarlo”. Aunque no se le toma como la única solución, se estructura de tal manera que no aparece otra —al menos no tan explícita, esperanzadora y factible⁴.

Inmediatamente viene la justificación: “como salvadoreños, tenemos una característica que no tiene ningún otro país, y es que la mitad de nuestro país, está en los Estados Unidos”. Nos interesa resaltar tres elementos. En primer lugar, la insistencia en formar un solo cuerpo, una sola identidad: *nosotros los salvadoreños*. En segundo lugar, una identidad configurada desde la alteridad. Desde el “otro”. Nuestra identidad se construye a partir del distanciamiento con los otros países. Distanciamiento de los otros países de la región y del mundo. En tercer lugar, y la más grave de todas las afirmacio-

3. El dios Marte para los romanos.

4. Este discurso ha sido matizado por las recientes apariciones del candidato oficial a la presidencia, Antonio Saca, quien, en uno de sus primeras intervenciones como candidato, aseguró que estaba dispuesto a trabajar para que cada salvadoreño “pueda vivir *aquí*”. Simbólicamente, el discurso de Saca se distancia de esta imagen del salvadoreño fuera e intenta recordar a su público que él luchará para evitar nuevas salidas.

nes, es que la mitad del país está en Estados Unidos. Esta concepción es grave, en diversos sentidos. El primero es el concepto de país. ¿Qué es el país? ¿Su gente, sus recursos naturales, su territorio, su industria, sus valores, sus tradiciones, su capital? La construcción de un país es eso y muchas otras cosas más. ¿Qué se quiere decir con que es la mitad del país la que está en Estados Unidos? ¿Es la mitad de su gente, de su capital económico, de su capital social o cultural? Si es su gente, aventurarse a afirmar la cantidad de salvadoreños que hay fuera, implica reconocer que las cifras son abrumadoras. En este caso, proporcionalmente hablando, nos referimos a una situación de diáspora grave para el país. Otro elemento preocupante, en esta concepción, es pensar que esta “condición” es una ventaja. Se presenta como positiva, pero ante ella surgen otra serie de preguntas: ¿qué tiene el país que la mitad de él está fuera?, ¿qué procesos de expulsión se están tejiendo?

En el siguiente párrafo, el presidente reconoce que esta situación de diáspora “es una oportunidad”. Y es una oportunidad porque, a partir de ella, podremos “devolverle el valor al agro salvadoreño”. La mitad del país que está fuera devolverá el valor y dignidad al agro. Tal como Ares, en una batalla, la mitad del país tiene que empezar una lucha para devolverle el valor a los productos agrícolas, ya que lo han perdido. Será Ares, desde Estados Unidos, el que dará valor a lo que se produce en el país, porque en estos momentos no lo tiene. Ares lo hará con la condición que se firme el tratado de libre comercio.

En el último párrafo se precisa —aunque de manera bastante difusa— cómo logrará Ares (los salvadoreños de Estados Unidos) devolverle el valor al agro. El presidente se compromete a que “podamos vender nuestros productos afuera, así como los otros venden acá”. Tenemos acá una imagen de salvadoreño —emigrante específica: la de consumidor. Si la oportunidad de El Salvador es que la mitad del país está fuera y la meta es vender nuestros productos fuera, es a este sector al

que irán dirigidos nuestros esfuerzos, en la producción agrícola. De hecho, este es el mensaje lanzado en una serie de *spots* publicitarios. Las pupusas, las tortillas, los mangos verdes... todos esos productos que los salvadoreños de Estados Unidos añoran y son una vía factible —de acuerdo al discurso oficial— para vender nuestra producción. Ya no solo interesa el emigrante salvadoreño que ha aumentado sus envíos en remesas durante la última década, interesa también ese emigrante que comprará lo que acá se produce.

Pero el mito de Ares tiene otros elementos, que se ajustan a la imagen del salvadoreño emigrante

Esta imagen del salvadoreño guerrero, tenaz, aparece una y otra vez en el discurso oficial. El emigrante es la “gran oportunidad” que tiene El Salvador para superar el déficit de la economía nacional. Este discurso ha cobrado notoriedad con la campaña impulsada en la negociación del tratado de libre comercio con Estados Unidos.

del gobierno, con lo cual aparece otra dimensión menos evidente del discurso oficial. Ares es la imagen de la fuerza física. Aunque es el dios de la guerra, no es el dios de la victoria, y en varias ocasiones sufrió humillaciones en la batalla. “Era bravucón y fanfarrón, ni siquiera sus padres le querían” (Philip, 2000, p. 27). Ares es presentado, en la mitología griega, como la antítesis de Atenea, tam-

bién diosa guerrera, que representa la fuerza inteligente y la astucia. Más allá de la idealización del salvadoreño tenaz, luchador, trabajador, está la realidad del emigrante en Estados Unidos. Hay un buen porcentaje de salvadoreños que “han subsistido como inmigrantes ilegales, en trabajos de baja paga y estatus” (Porte y otros, 2002). Aún cuando se ha aprobado, desde los terremotos del 2001, el permiso temporal de trabajo (TPS), la cualificación y estabilidad de los salvadoreños son aún precarias. Además del riesgo inminente a que, cuando ese permiso caduque, los salvadoreños sean “devueltos” al país o permanezcan allá como ilegales. Surge aquí, la otra imagen que el gobierno maneja en sus discursos en relación con la condición del emigrante.

1.3. Los centauros: el emigrante temido

La figura de Ares, aun con sus debilidades, no rompe totalmente con la idealización del emigrante salvadoreño, hecha por el discurso oficial. Éste se integra a la perfección, a los planes de desarro-

llo económico actual. Ahora bien, existe otro emigrante salvadoreño, el temido, el deportado criminal. Esta imagen puede representarse con otra figura de la mitología griega: los centauros.

Los centauros son seres monstruosos. Su cuerpo de la cintura hacia abajo tendría forma de caballo y de la cintura para arriba, de hombre. A veces también son representados como hombres erguidos, de cuyo trasero sale la parte posterior de un caballo. Vivían en los bosques. Sus costumbres son salvajes y brutales (Philip, 2000, p. 39). Comen carne cruda y cazan armados de palos y piedras. Es célebre el episodio en el cual, por ser familiares del novio, fueron invitados a las bodas de Pirítoo con Hipodamía. Tras emborracharse, intentaron violar a la desposada y raptar a las invitadas. El pueblo, después de una sangrienta batalla, logró expulsar a los centauros de Tesalia. Esta leyenda simboliza el triunfo de la civilización sobre la barbarie. El emigrante criminal deportado es éste: el incivilizado, que quebrantó la ley en el país huésped —Estados Unidos— y que ahora debe regresar a su tierra.

A este salvadoreño emigrante se le acusa —en este momento— de ser el cabecilla del gran enemigo público: las maras. En dos mensajes semanales (17 y 24 de agosto) el presidente Flores hizo referencia directa a ellos:

En contraste con la pasividad de los partidos políticos de oposición, los Estados Unidos han tomado la decisión de iniciar deportaciones masivas de mareros criminales.

En el país vecino de Honduras, su Congreso por unanimidad aprobó una ley que estará provocando el éxodo masivo de mareros peligrosos que invadirán el territorio nacional.

Nuestro proyecto de ley nos permitirá arrestar a mareros deportados y mareros que vengan de países vecinos al poner un pie en el país, sin embargo, los políticos de oposición frente a esta clara e inminente amenaza, nos niegan las facultades para proteger a la población (fragmento del discurso del 17 de agosto).

En este mensaje, el presidente Flores hace referencia al anteproyecto de la ley antimaras, presentado por el Órgano Ejecutivo a la Asamblea Legislativa. El Presidente le habla a un sujeto definido: los partidos de oposición. De ellos demanda su pasividad. Cómo, al no aprobar el anteproyecto de ley, estamos en desventaja, en relación con Esta-

dos Unidos y Honduras, que sí están haciendo acciones concretas, en su territorio. Se quiere proteger a la civilización de *los centauros*, de las maras. El Salvador está en un peligro inminente, ya que, del lado de Estados Unidos, iniciarán “deportaciones masivas de mareros criminales” y, del lado hondureño, se provocará el “éxodo masivo de mareros peligrosos que invadirán el territorio nacional”.

La intención es neutralizar esta amenaza. “La ley permitirá arrestar a mareros deportados y a mareros que vengan de países vecinos al poner un pie en el país”. Este es el salvadoreño no deseado. El que avergüenza al país. En oposición a Ares, los centauros son un peligro social.

En el mensaje del 24 de agosto, podemos leer lo siguiente:

La ley contra las maras nos permitirá mantener en la cárcel a estos criminales y capturar a los mareros peligrosos que nos deportan de Estados Unidos, que hoy entran al país a ser los cabecillas de estos grupos delincuenciales.

Éste es un salvadoreño que no trae progreso —como la imagen anterior—, sino que lo detiene. Este discurso esconde otros elementos, que como en la representación del emigrante ideal, simplifica esta construcción social. Uno de los elementos dejados de lado es considerar esta problemática (la de los emigrantes criminales o pandilleros) como producto de un sistema. No sólo en El Salvador se produce violencia, sino también en Estados Unidos. ¿Qué carencias está supliendo el adscribirse y reconocerse como miembro de una pandilla en Estados Unidos?, ¿no será esta una respuesta a la situación de marginalidad que vive una buena porción de la población salvadoreña, que se ha ido buscando integrarse a un modelo económico que acá, en su país, se le ha negado?

Estas son preguntas que no tienen una respuesta única y precisaríamos de muchas otras variables para considerarlas. En este momento, sólo hemos querido traer a discusión elementos que circulan en el discurso oficial, a propósito del emigrante salvadoreño. El “ser salvadoreño emigrante” no posee un significado único en el discurso oficial. Existen imaginarios muy distintos. Pero las imágenes propuestas por la oficialidad, que circulan por los medios de comunicación, son también apropiadas y reinterpretadas desde lo popular. Nos aproximaremos a una interpretación peculiar: el discurso de los corridos y las imágenes que desde ahí se proponen.

2. Del lado de allá: entre Hermes y Hécate

Me llaman el desaparecido que cuando llega ya
[se ha ido
volando vengo volando voy deprisa
[deprisa a rumbo perdido
cuando me buscan nunca estoy, cuando me
[encuentran yo no soy
el que está enfrente porque ya me fui
[corriendo más allá
me dicen el desaparecido, fantasma
[que nunca está
me dicen el desagradecido, pero esa
[no es la verdad
yo llevo en el cuerpo un dolor que
[nunca deja respirar
llevo en el alma una condena que siempre
[me echa a caminar

(Manú Chao).

Ser emigrante, identidad móvil, en el tiempo y en el espacio, anclaje itinerante, ser de aquel lugarcito de donde se sale, y también de todas partes a donde se llega. Obligado siempre a salir, a correr, sin respiro y sin más esperanza que las historias de muchos que ya volvieron y ahora se anclan, en un espacio. Es esta identidad la que el discurso musical rescata. No solo hablamos de los corridos. El *rap* cubano, el *hip-hop*, la mezcla híbrida del francés Manú Chao con sus ritmos caribeños y arpas venezolanas cuentan esta realidad de nuestro tiempo actual, donde unos somos turistas y otros vagabundos, como nos dice Bauman (2001, pp. 103-133).

Las narrativas, nos dice Ricoeur, son fundamento de la identidad. Y esta es una reflexión que está a la base de nuestra aproximación al género musical del corrido, pues nos resulta una narración urbana que marca identidad. El corrido es una composición musical ligada al folclore mexicano. Surge a principios de 1900, cuando la revolución pone en circulación una serie de arquetipos y héroes vinculados con la revolución. En realidad, es desde la época de la conquista que se tiene conocimiento, en la región, de coplas satíricas, que hacían alusión a personajes públicos y a hechos vergonzosos o conflictivos de la

época, y que eran pregonadas y cantadas en las plazas públicas. Durante la colonia, y a partir del florecimiento de la imprenta popular, los corridos son impresos en hojas sueltas, acompañados casi siempre de ilustraciones o grabados⁵ (Guzmán, 2003). Posteriormente, se ocupará del tráfico de tequila a la frontera con Estados Unidos y del contrabando de armas.

El corrido tiene su origen en la tradición oral, que viene desde el romance español. En su primer momento, cuando el pueblo mexicano no sabía leer ni escribir, el corrido ancló buena parte de la historia —nacional, local, tragedias individuales— en la realidad cotidiana y en el imaginario de los ciudadanos. De hecho, el sociólogo e investigador José Manuel Valenzuela asegura que “Los corridos conllevan una serie de símbolos construidos desde las culturas populares y se encuentran anclados en los imaginarios colectivos” (2001, p. 16). Como tradición, el corrido se mantiene, sin embargo, entre 1930 y 1950, sin experimentar mayores modificaciones, y se acomoda como expresión folclórica del orden establecido y del orden cultural establecido.

Poco a poco, el corrido se vuelve una mezcla de estilos musicales: la polca, la banda, corrido, *tex mex* (con acordeón, bajo sexto, guitarra, batería y otros). Y añade a su interpretación algunos recursos que, con el tiempo, se volverán característicos: la estructura de la crónica periodística y la brevedad de la nota informativa —muchos de los



5. Entre los ilustradores de estas hojas sueltas destaca el artista mexicano José Guadalupe Posadas.

corridos tradicionales comienzan contestando algunas de las cinco W's del periodismo—, la metáfora, sobre todo cuando se trata de volver visible lo clandestino, lo prohibido o lo ilegal, la puesta en escena de situaciones con efectos sonoros notables —balas, motores, diálogos teatralizados, llantas, helicópteros, sirenas— y la enseñanza o moraleja que se deja el final o deja caer en algún momento, en la cual se reflexiona sobre los acontecimientos narrados.

En los años de 1960, los corridos modificaron su contenido. La estética musical y su estilo breve, metafórico y tradicional de la balada y del romance medieval se mantuvieron; pero la temática cobró un giro novedoso, desde que, en 1955, Paulino Vargas, en aquel tiempo un joven analfabeta de catorce años, compuso sus versos sobre el “Contrabando en Juárez” y los volvió populares con el grupo norteño *Los broncos de Reynosa*. A partir de este momento, surgió una serie de nuevos corridos, que se vincula al mundo del narcotráfico, la cocaína, el “gansta rap” y que retoma otros temas de la vida cotidiana del nuevo país, que se conforma, entre ellos, la temática trabajada por Enrique Franco sobre la experiencia del emigrante, la unidad latinoamericana y los derechos humanos (Wald, 2001). De esta manera, los corridos continuaron cumpliendo su función histórica de crónica, de registrar y dejar constancia de aquellos acontecimientos que marcan y afectan a la sociedad. A partir de 1980, los corridos, en especial, los conocidos como *narcocorridos*, se vuelven una expresión molesta para los grupos poderosos. El conjunto musical *Los tigres del norte* se convirtió así en uno de los más censurados de todo México. “Los narcocorridos se prohíben cuando empiezan a hablar de la complicidad con figuras del poder y policíacas, los primeros fueron *Los tigres del norte*, los famosos corridos prohibidos que incluían ‘La muerte del gato Félix’, ‘El circo’, donde hablan de Carlos y Raúl, en alusión a los Salinas de Gortari” (Valenzuela, 2003). En los últimos años, el gobierno de Vicente Fox ha vetado una composición musical de Vargas, que alude directamente a él⁶. Es importante hacer notar que esta censura sólo se da en las emisoras radiofónicas;

pero en la televisión, los videos de corridos y narcocorridos se mantienen en la programación.

En este contexto, los nuevos corridos empiezan a circular en El Salvador. Tanto en las radios salvadoreñas como en algunos canales de televisión se cuentan las historias de narcotraficantes e ilegales. Este discurso, dirigido sobre todo al consumo de la cultura popular, ejerce una influencia fuerte. Circula de mano en mano y en muchos casos es traído por los mismos emigrantes o por los famosos “coyotes”. De esta manera, se vuelven conocidos en nuestro país. En una primera aproximación, dieciocho radios mantienen en el dial una programación constante de corridos. Suenan sobre todo en la madrugada, aunque se mantienen durante todo el día. ¿Qué imágenes y discursos se reproducen en estos discursos de la cultura popular?

Los corridos sobre emigrantes tienen de fondo una temática común, este no ser de aquí ni de allá, esta movilidad constante y clandestina a la cual el emigrante se enfrenta. Proponemos dos imágenes que nos ayuden a comprender estos discursos, una es la de Hermes, el dios mensajero, con sus pies alados, pero también dios del comercio y los intercambios (al igual que este emigrante consumidor), emparentado con Ares, y al mismo tiempo, dios del intercambio y la elocuencia (que nos acerca a la tradición oral). Hermes es también un dios contradictorio, mentiroso y estafador. Por ello, es el dios de los ladrones (y cercano desde ahí al imaginario de los centauros). Esta imagen de Hermes se juega en los corridos, cuando cuentan cómo el emigrante se la juega y engaña “al gringo”. La otra imagen es la de Hécate, “la diosa griega de la noche, de los fantasmas y de la magia, encantadora de las encrucijadas”, prima de Artemisa y relacionada con la luna. Hécate se colocaba en los lugares donde se juntaban varios caminos, como el emigrante, buscando la mejor oportunidad para cruzar, escondido y oculto, en la noche. Fantasma que quiere burlar al destino y que, por necesidad, se juega la vida.

Junto a Hermes y Hécate, la identidad del emigrante-mojado se construye frente a un *otro* muy claro. El gringo, el federal, la migra, que en el cami-

6. Se trata del corrido “Crónica de un cambio”. Para más información de Paulino Vargas y de sus composiciones ver: <http://www.lamesera.com/elPeriko/paulino.shtml>. En un suplemento del diario *La Jornada*, 9 de marzo de 2002, *Los tigres del norte* explican al periodista Jacobo Zabudovsky cómo es ésta la primera vez que un corrido es rechazado por acuerdo unánime de todas las radios comerciales, en toda la república mexicana (Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/mar02/020309/09an2esp.php?origen=espectaculos.html>).

no obliga o abusa. A partir de los cantos que cuentan una historia, que es a la vez muchas, el salvadoreño reconstruye su identidad, la identidad de todos los que están dentro y fuera, de todos los “hermanos lejanos”, mitad de la nación, mitad del corazón, que se inventa en este (re)corrido.

Cuatro momentos de esta realidad-identidad en movimiento son retomados en los corridos, que suenan en nuestras radios. Los mencionamos rápidamente: la partida, la frontera, la estadía y el retorno.

Los corridos sobre emigrantes tienen de fondo una temática común, este no ser de aquí ni de allá, esta movilidad constante y clandestina a la cual el emigrante se enfrenta.

2.1. Identidades en fuga: la partida, la frontera y la migra

Cuando me vine de mi tierra El Salvador con intención de llegar a Estados Unidos sabía que necesitaría más que valor sabía que a lo mejor quedaba en el camino. Son tres fronteras las que tuve que cruzar por tres países anduve indocumentado tres veces tuve yo la vida que arriesgar por eso dicen que soy tres veces mojado (“Tres veces mojado”).

Ya lo hemos mencionado, los corridos narran historias reales, algunas son tomadas de personajes míticos de la cultura oral, sucesos épicos, que vale la pena contar; pero, en otros casos, son historias de la vida cotidiana, que desde ahí interrogan y anclan los imaginarios, en unos espacios “donde se encuentran las prácticas y las estructuras, la reproducción y la innovación” (Reguillo, 2000, p. 77). Desde la certeza musical de la repetición, estos discursos anclan una identidad otra, que asume, pero cuestiona, que —para decirlo en palabras de Michel de Certeau— desvía —pero no abandona.

Los corridos sobre emigrantes tienen de fondo una temática común, lo clandestino, la problemática de la vida, en la ilegalidad y en un anonimato cruel. Como ya mencionamos, se construye además un *otro* muy claro, frente al cual “el mojado” cons-

truye su identidad “del otro lado”: el gringo, el federal, la migra, que en el camino obliga o abusa. “Las vicisitudes del viaje, las condiciones del trabajo, la añoranza de la tierra mexicana, el desquite de los güeros, los abusos de la migra... los deseos de mejorar las condiciones de vida” (Valenzuela, 2001). A partir de los cantos que cuentan una historia, que es a la vez muchas, el salvadoreño reconstruye su identidad, la identidad de todos los que están dentro y fuera, de todos los “hermanos lejanos”, mitad de la nación, mitad del corazón, que se inventa en este (re)corrido⁷.

Pero es también interesante ver cómo esta identidad de los corridos traspasa fronteras —como *el mojado*— y en este canto popular se buscan y encuentran muchos centroamericanos y latinoamericanos, que también recorren buena parte del continente para mejorar sus condiciones de vida.

2.1.1. La partida

Voy a Estados Unidos
para ganarme la vida;
adiós, mi tierra querida,
te llevo en mi corazón.
No me condenen
por dejar así mi tierra;
la culpa es de la pobreza
y de la necesidad.
(Corrido del inmigrante).

Es el momento en que inicia este viaje, que cambiará mucho la identidad del emigrante. La despedida, la tristeza del adiós, la identidad que se ancla en la patria que se queda, la justificación de la partida: si el emigrante se va no es porque quiera ser “el Ares” salvador, que su gobierno espera, es por la pobreza. Nadie se expone a tantos peligros por la gana de ser héroe, cantan los corridos, es la necesidad. La búsqueda del “sueño” americano da inicio.

7. Agradecemos este juego de palabras a Claudia Castañeda, que tanto nos ha compartido sobre México y sobre la música norteña.

2.1.2. La frontera

Cuando yo me fui pa'l Norte me colé por California yo no tenía cartilla, ni pasaporte, ni amigos, ni palancas en migración, pero me colé con resolución. (Corrido del bracero.)

De México había salido hasta Tijuana llegaron por no traer sus papeles de alambrados se pasaron se cruzaron en el cerro su rumbo habían agarrado. Iban rodeando veredas como lo habían acordado era de noche y por eso la vigilancia burlaron y por allá en Chula Vista dos tipos los esperaron. (Los alambrados.)

En Guatemala y México cuando crucé dos veces me salvé me hicieran prisionero el mismo idioma y el color reflexioné cómo es posible que me llamen extranjero. (Tres veces mojado.)

Si uno sacan por Laredo por Mexicali entran diez si otro sacan por Tijuana por Nogales entran seis, ahí nomás saquen la cuenta cuántos entramos al mes. (Vivan los mojados.)

Con la frontera se inicia un tema que se mantiene de fondo, en este y en el siguiente momento, que los corridos narran: la nostalgia. El corrido apela a la emotividad para cantar los detalles cotidianos del recorrido. Menciona sitios, países, poblaciones pequeñas; recuerda el paso, la sensación de éxodo y, al mismo tiempo, la resolución con la cual el emigrante se lanza a buscar un destino nuevo. De alguna manera, hay aquí una reminiscencia de esta imagen de *Ares*, que el discurso oficial utiliza. En la frontera, el emigrante es quien tiene la resolución, quien burla la vigilancia y, al mismo tiempo, es este Ares que, en cualquier momento, puede caer derrotado.

De alguna manera, este diálogo constante entre lo oficial y lo popular, que Ginzburg encontró en el discurso de Menocchio, el molinero-intelectual del siglo XVI, quien fue quemado por la inquisi-

ción (1997), se vuelve evidente en esta re-creación del heroísmo épico del mojado. Sin embargo, este heroísmo no es el de Ares-dios mitológico, individual y único, es un heroísmo en colectivo —si a uno sacan por Tijuana, por Mexicali entran diez—, que encuentra su victoria en los muchos que logran pasar la frontera y que tiene entre sus mártires a todos aquellos que se quedan en el camino, en *la tumba del mojado*.

2.1.3. La estadía

El dolor del desarraigo se vuelve más fuerte, total. La identidad se construye frente a ese otro, dueño del espacio que habito, y se hace real la conciencia de ser extranjero. Esto narran los corridos. Con su llegada, durante el tiempo que dura esta etapa de emigrante, el *mojado* latinoamericano hace lo que el otro, el gringo, es incapaz de hacer. El corrido también recoge esta certeza, muchas veces muestra, con ironía, cómo tiene la conciencia de ser indispensable para que el sistema se mantenga. De alguna manera, él y el sistema están a mano. Si él rompe la ley y es ilegal, paga con su trabajo por todo aquello que obtiene.



Aquí estoy establecido
 en los Estados Unidos.
 Diez años pasaron ya
 en que crucé de mojado
 Sigo siendo un ilegal...
 Mis hijos no hablan conmigo,
 otro idioma han aprendido,
 Y olvidado el español,
 piensan como americanos,
 Niegan que son mexicanos,
 aunque tengan mi color.

De mi trabajo a mi casa,
 yo no sé lo que me pasa.
 Aunque soy hombre de hogar,
 casi no salgo a la calle,
 pues tengo miedo que me hallen
 y me pueden deportar.
 (La jaula de oro.)

No tenía tarjeta verde,
 cuando trabajé en Louisiana.
 En un sótano viví,
 porque era espalda mojada,
 tuve que inclinar la frente
 para cobrar la semana.
 (La tumba del mojado.)

Si en la nómina de pago
 encuentras con desagrado
 mi apellido en español,
 no más mira en otra lista
 que a la hora de hacer revista
 son perdidos en acción.
 (Los hijos de Hernández.)

El problema de nosotros
 fácil se puede arreglar,
 que nos den a una gringuita
 para podernos casar
 y ya que nos den la visa
 volvemos a divorciar.
 Cuando el mojado haga huelga
 de no volver otra vez,
 quién va a tapiar la cebolla,
 lechuga y el betabel,
 el limón y la toronja
 se echarán toda a perder.
 Estos salones de baile
 todos los van a cerrar
 porque si se va el mojado
 quién va a venir a bailar
 y a más de cuatro del güero
 no las podrán consolar.
 (Vivan los mojados.)

Dos realidades más son abordadas por estos corridos, de manera bastante evidente. Una es la ruptura generacional, que implica la adquisición de ese sueño americano, la lejanía de los hijos, que pasan a formar parte de ese *otro*, que se configura desde la barrera del inglés. La otra es contrapoder que *el mojado* deja claro, al asegurar desde los corridos, que, si bien se deja explotar, también se aprovecha y, sobre todo, utiliza a la mujer del otro, a “la gringuita”,

para obtener la visa o satisfacer algunos de sus placeres cotidianos. La instrumentalización, en este sentido, asegura el corrido, es bidireccional. Por el sueño americano, el emigrante deja mucho: sus hijos —caídos en acción o lejanos a él, hasta volverse parte de *los americanos*—, su libertad de ir y transitar libremente y muchas de sus seguridades, pero está claro que lo que le interesa, lo conseguirá.

2.1.4. El retorno: el sueño centroamericano

Ahora trabajo en el campo
 trabajo de sol a sol,
 ahora estoy con mi familia
 y me va mucho mejor.
 Adiós gringos peleoneros
 buenos pa' la guerra son,
 ellos creen que Dios es blanco
 y es más moreno que yo
 (Canción 187).

De los Estados Unidos
 Yo no me voy a olvidar.
 Quise tener buen dinero
 Y me lo vine a ganar.
 Pero en mi tierra querida
 yo me lo pienso gastar.
 Me está esperando México lindo.
 Por eso mismo me voy a ir.
 Soy el mojado acaudalado,
 pero en mi tierra quiero morir
 (El mojado acaudalado).

Si el emigrante hace este (re)corrido, desde el cual aprende de sí y de los otros, y a través del cual reconstruye su identidad, el momento del desenlace llega cuando se decide regresar a la tierra

de donde salió, hace muchos años. El *sueño centroamericano*, volver para gastar en su patria todo el dinero, que el *sueño americano* le permitió obtener. Volver y reencontrarse de nuevo con su his-

toría, ahora leída desde una perspectiva nueva. El largo tiempo de excepción, esa vida cotidiana-otra de emigrante e ilegal, ha terminado.

3. A manera de cierre

Dos discursos, multiplicidad de imágenes. Dos posturas oficiales: el héroe y el perseguido. Un itinerario re-corrído para crear la identidad, en el discurso popular, donde “el corrido es creación de la gente, muestra de la multiplicidad de expresiones de un pueblo, que se debate entre el estallido de las identidades y la crisis de las alteridades” (Castañeda, 2003, p. 6). La identidad es un texto, tejido, entretejido de muchos hilos.

Mientras esta investigación continúa, en México se ha lanzado un disco de corridos, interpretado por los grupos más conocidos y famosos de rockeros. ¿Una identidad que se legitima en el diálogo con otras identidades? Este homenaje a los corridos nos muestra cómo este discurso musical dice y llega a muchas más identidades culturales de las que en un inicio podríamos imaginar. Y mientras continuamos pensando sobre lo popular, el discurso oficial continúa elaborando su propuesta de un tratado de libre comercio, que sería la salvación para el país.

¿Cuáles son los matices que estos dos discursos, el oficial y el popular, crean en los procesos de construcción en los que el salvadoreño se piensa? ¿Qué sucede en ese espacio de encuentro con las distintas propuestas? Tal como dijimos al inicio, no tenemos una conclusión definitiva. Estas son las primeras aproximaciones a ese largo camino, que los salvadoreños recorremos, entre la búsqueda de lo que hemos sido y lo que soñamos llegar a realizar.

San Salvador, agosto de 2003.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2001). *La globalización. Consecuencias humanas*. (2ª ed.) México.
- Benveniste, E. (1995) *Problemas de lingüística general I*. (18ª Ed.) México.

- Castañeda, C. (2003). *(Re)corrído de una disidencia*. Guadalajara: Mimeo.
- Conectándonos al Futuro de El Salvador (1999), *Estrategia para la creación de una sociedad de aprendizaje*. San Salvador. Disponible en: <http://www.conectando.org.sv/Estrategia>
- Enciclopedia de El Salvador*. Tomo I. Barcelona.
- Estudios Centroamericanos* (2002) “El potencial de la comunidad salvadoreña de ‘allá’ para despolarizar la política de la de ‘acá’”. Editorial, 57, pp. 857-872.
- García, P. (1999). *Diccionario filosófico*. Oviedo.
- Ginzburg, C. (1997). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. México.
- Gómez, A. (2003). “El narcocorrído y sus claves”. Disponible en: <http://personales.com/mexico/colima/estafauna/>
- Kandel, S. (2002). *Migraciones, medio ambiente y pobreza rural en El Salvador*. Documento de trabajo, Programa Salvadoreño de Investigación sobre desarrollo y medio ambiente, PRISMA.
- Lungo, M. (2002). “La política migratoria del actual gobierno. Una revisión crítica”. *ECA* 648, pp. 874-875.
- Martín Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. (5ª ed.) Bogotá.
- Morin, E. (2001). *Amor, poesía, sabiduría*. (2ª ed.). Barcelona.
- Philip, N. (2000). *Mitos y leyendas*. (2ª ed.) Buenos Aires.
- Portes, A., Haller, W. y Guarnizo, L. E. (2002). “Empresarios transnacionales: una forma alternativa de adaptación económica de los inmigrantes”. *ECA* 648, pp. 879.
- Reguillo, R. (2000). “La clandestina centralidad de la vida cotidiana”, en Alicia Lindón (Coord.). *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona, pp. 77-93.
- Rodríguez, J. (1980). *Dioses y héroes. Mitos clásicos*. Barcelona.
- Wald, E. (2001). *Narcocorrído: un viaje dentro de la música de drogas, armas y guerrilleros*.
- Valenzuela, J. (2003). “Prohibidos, pero se escuchan”. Entrevista por Nelly Sánchez para el Líder Noroeste. 24 de mayo de. Disponible en <http://www.noroeste.com.mx/Culiacan/20030524/local/especiales.php3>
- Valenzuela, J. (2001). “Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México”. Mimeo.